

# CUARTO DOMINGO DEL TIEMPO ORDINARIO

Cada uno de nosotros ha estado en un punto crucial en el cual el ciclo de la adicción encontró una oportunidad para recibir la gracia y estuvimos dispuestos a lo que antes no hubiéramos hecho: pedir ayuda y seguir un nuevo conjunto de indicaciones. En ese momento, la autosuficiencia se transforma en la necesidad de Dios, dejándonos con lo que podríamos llamar pobreza de espíritu. Puede ser que no hayamos elegido las circunstancias que nos llevaron hasta allí, pero podemos elegir qué hacer con lo que se abre frente a nosotros.

Ser pobre de espíritu significa dejar de fingir que podemos vivir solo con voluntad propia. Significa convertirse en un recipiente vacío, disponible para que la gracia de Dios sea derramada en él. Así como la arcilla debe ser blanda y maleable para que un alfarero pueda darle forma, estamos llamados a la humildad que permite a Dios tomar la iniciativa. En lugar de buscar consuelo en nuestras adicciones, compulsiones o apegos dañinos, empezamos a encontrar consuelo en algo más sereno y fuerte: vivir otro día sobrios, en abstinencia, en equilibrio, limpios o libres. Podemos vivir con la integridad de la acción cotidiana que fortalece tanto nuestra recuperación, como nuestra dependencia de la gracia de Dios.

Puede ser fácil confundir la desesperación con la valentía. Quizá estemos más dispuestos a buscar la voluntad de Dios cuando las consecuencias nos dañan, en lugar de cuando las cosas parecen ir bien. Sin embargo, la recuperación nos enseña a aprovechar esa disposición inicial y construir rasgos duraderos que nos mantengan con devoción a Dios y a nuestro programa. El objetivo no es mantenerse en la desesperación. El objetivo es mantenerse con disposición.

Tanto la recuperación conforme a los Doce Pasos como la fe católica presentan testimonios sobre lo que es una vida feliz. Una

de las descripciones más directas se encuentra en el Evangelio de este domingo (Mateo 5, 1-10), cuando Jesús proclama las Bienaventuranzas ante una multitud atenta a Sus palabras:

*Cuando Jesús vio a la muchedumbre, subió al monte y se sentó. Entonces se le acercaron sus discípulos. Enseguida comenzó a enseñarles, hablándoles así: “Dichosos los pobres de espíritu, porque de ellos es el Reino de los cielos. Dichosos los que lloran, porque serán consolados. Dichosos los sufridos, porque heredarán la tierra. Dichosos los que tienen hambre y sed de justicia, porque serán saciados. Dichosos los misericordiosos, porque obtendrán misericordia. Dichosos los limpios de corazón, porque verán a Dios. Dichosos los que trabajan por la paz, porque se les llamará hijos de Dios. Dichosos los perseguidos por causa de la justicia, porque de ellos es el Reino de los cielos.”*

La desesperación empieza a convertirse en valentía cuando practicamos disciplinas espirituales después de que todo se ha calmado. Muchos de nosotros podemos mantenernos dispuestos cuando la vida arde. El trabajo más profundo es mantenerse dispuesto cuando la vida se siente serena y nuestros viejos patrones intentan susurrarnos al oído que estamos bien actuando por cuenta propia. Por eso seguimos asistiendo a las reuniones, manteniendo una rutina sencilla de oración y meditación, buscando los Sacramentos y ofreciéndonos en el servicio. Hacemos estas cosas no para demostrar nuestra valentía, sino para permanecer dispuestos para Dios.

El exceso de confianza es una amenaza real durante la recuperación. El Libro Grande nos advierte, “Es fácil descuidarnos en el programa espiritual y dormirnos en nuestros laureles” (*Alcohólicos Anónimos*, p. 85). Cuando dejamos de cuidar nuestra condición espiritual, nuestra pobreza espiritual puede transformarse lentamente de nuevo en autosuficiencia.

Podemos hacer reajustes para volver a lo básico: el inventario honesto, buscar ayuda, renovar el trabajo en los Pasos, asumir un compromiso de servicio y pedirle a Dios cada día que nos muestre Su voluntad.

De esta forma, las Bienaventuranzas se convierten en más que palabras inspiradoras. Se convierten en un patrón de vida. Cuando vivimos en pobreza de espíritu, seguimos siendo capaces de aprender. Cuando practicamos la misericordia, permanecemos libres. Cuando hacemos las paces, permanecemos cerca de Dios. El Reino de los Cielos no está lejos. Empieza ahora, un día a la vez.

## PREGUNTAS PARA LA REFLEXIÓN

- ¿En dónde notas que la autosuficiencia vuelve a aparecer, y qué te ayuda a regresar a la pobreza de espíritu?
- ¿Cuál de las Bienaventuranzas te desafía más en este momento y por qué?
- ¿Qué práctica concreta te ayuda a mantener tu estado espiritual cuando la vida se siente estable o cómoda?

## LECTURAS DOMINICALES

**PRIMERA LECTURA** Sofonías 2, 3; 3, 12-13

**SALMO RESPONSORIAL** Salmo 146, 6-7, 8-9, 9-10

**SEGUNDA LECTURA** 1 Corintios 1, 26-31

**EVANGELIO** Mateo 5, 1-12a